

Editorial

El retorno de los salvadoreños refugiados en Honduras

La opinión pública salvadoreña se encuentra normalmente ajena al problema de los desplazados, refugiados y repatriados salvadoreños, producto trágico de la guerra y de la crisis que padece el país. Para muchos, ese problema no existe en su vida rutinaria. Muy de vez en cuando se convierte en noticia, ya sea por las nuevas leyes de migración en Estados Unidos, ya sea por las tensiones que se originan cuando un grupo de refugiados en Honduras decide retornar a El Salvador. Durante los últimos meses de 1989 hemos asistido a uno de esos casos de repatriación, primero de más de 1,000 salvadoreños refugiados en el campamento de Mesa Grande, Honduras, y luego de cerca de 10,000 más que se encuentran en los campamentos de Colomoncagua y San Antonio.

El fenómeno de los refugiados salvadoreños en Honduras, para ser entendido en su complejidad, tiene que analizarse desde sus orígenes y en la perspectiva histórica del proceso salvadoreño y centroamericano.

1. Origen y causas del problema

Los salvadoreños, desde muy antiguo, han emigrado en cantidades importantes fuera del país, o al interior del mismo, ya sea huyendo del peligro para sus vidas —como después del levantamiento campesino de 1932 y la represión que se desató a consecuencia del mismo—, ya sea buscando trabajo estacional o permanente. La guerra desatada contra Honduras en julio de 1969 puso en evidencia que en ese país había unos 300,000 salvadoreños. Pero este tipo de migraciones internas y externas tenía características propias, predominantemente de individuos solos, a veces acompañados o seguidos de una parte de la familia, y en su mayoría por razones económicas.

Las migraciones de la presente década, por el contrario, son cuantitativa y cualitativamente distintas: de carácter eminentemente político, colectivas, de familias y poblaciones o zonas rurales enteras; más individuales en la ciudad, especialmente los que huyen más allá de un país limítrofe.

El día 5 de marzo de 1980 se aprobó el decreto de aplicación de la reforma agraria. Simultáneamente, el ejército ocupó las propiedades por confiscar y militarizó el campo, atemorizando y reprimiendo en diferentes zonas donde la organización campesina tenía presencia significativa. Grupos de campesinos huyeron despavoridos buscando refugio en los lugares abiertos por Mons. Romero con este propósito en la capital o al otro lado de la frontera, en Honduras. La represión desatada en el país, la cual dejó muchos miles de muertos en los primeros años de la década, el terror infundido con los cadáveres y sus cuerpos mutilados que iban dejando a la vista los "escuadrones de la muerte," el estallido de la guerra civil en enero de 1981, la expansión de la actividad militar en el campo, con masacres como la del Sumpul y el Mozote, eran como ríos en pleno invierno que vertían sus aguas humanas en el océano de los desplazados internos y los refugiados salvadoreños en el extranjero.

Ya para mayo de 1984, en el área de México, Belice, Centroamérica y Panamá se contaban por lo menos 245,500 refugiados salvadoreños, reconocidos o no como tales, a quienes se agregaban cerca de medio millón en Estados Unidos, varios miles en Europa y Canadá, y medio millón más de desplazados internos.

El fenómeno masivo de migración, por razones de la guerra y la represión, estaba prácticamente consumado para esa fecha. Todavía continuarían algunos buscando seguridad en el interior del país o en el extranjero, en el área, en Estados Unidos, en Canadá y Europa, o en Australia. Se agregaría, además, la profunda crisis económica, agudizada por la guerra civil, que haría a otros muchos buscar alternativas emigrando principalmente a Estados Unidos —donde actualmente la cantidad de salvadoreños llega a cerca de un millón—; varios miles han emigrado a Australia en grupos familiares. En estos momentos, cerca de dos millones de salvadoreños se encuentran refugiados, desplazados, o emigrados fuera del país.

2. Los refugiados en Honduras

La zona norte del territorio nacional, frontera con Honduras, es la más pobre del país, la más atrasada. La población, que se halla en los niveles más bajos de los indicadores socio-económicos, se dedica

predominantemente a cultivos de subsistencia y a la producción de granos básicos, que buena parte tiene que complementar con la migración estacional para recoger las cosechas de las plantaciones de productos de exportación, sobre todo del café. En dicha zona, al mismo tiempo, la guerrilla tiene sus campamentos militares principales y sus bases socio-políticas más importantes.

La represión desatada en marzo de 1980, la guerra de contrainsurgencia que busca "quitar el agua al pez," han castigado con todo su peso a la población civil e indefensa de la zona norte del país. Miles de personas han buscado seguridad en otras partes del país. Pero miles de personas y aun comunidades enteras han huido en otra dirección, los sobrevivientes llegaron hasta la frontera de Honduras, sorteando en algunos casos la contención del ejército hondureño.

Los campesinos hondureños, tan pobres como los salvadoreños, vinculados por la solidaridad de los pobres, por las relaciones comerciales y de intercambio normal entre vecinos, por lazos en muchos casos de parentesco y compadrazgo, recibieron y ayudaron a los refugiados salvadoreños en su miseria y angustia. El flujo creciente de fugitivos y la prolongación de su estancia, forzaron a buscar soluciones más globales y permanentes. El ACNUR se hizo cargo de la seguridad de los refugiados y de la asistencia indispensable. El gobierno hondureño reunió a los refugiados salvadoreños en espacios cerrados y aislados —"campamentos." Algunos organismos internacionales —Caritas, CRS, Médicos sin Fronteras, entre otros—, brindaron otro tipo de ayudas y capacitación a los salvadoreños.

Desde la guerra de El Salvador con Honduras en 1969, el resentimiento y la hostilidad del gobierno y del ejército de ese país, y de una parte de la población contra los salvadoreños fue un factor que hizo aún más difícil la situación de los refugiados. Los poderes hondureños alegaron que los salvadoreños son familiares y, o simpatizantes de la guerrilla. Usaron este argumento para aislar ese peligro potencial contra el sistema imperante en su país y contra la infección ideológica política del campesinado hondureño de la zona. El mismo alegato les sirvió para justificar su actitud hacia los refugiados salvadoreños, encerrados, aislados, cercados militarmente y hostigados. Primero concentraron a los pequeños campamentos cercanos a la frontera en la parte más occidental, ubicándolos más al interior, en el campamento de Mesa Grande. Más tarde intentaron trasladar a los de Colomoncagua y

En estos momentos cerca de dos millones de salvadoreños se encuentran refugiados, desplazados, o emigrados fuera del país.

San Antonio, y después a los de Mesa Grande, reubicándolos en la costa norte de Honduras, en Olanchito, departamento de Yoro.

Este comportamiento de las autoridades civiles y militares hondureñas con los salvadoreños refugiados contrasta con la actitud hacia los nicaragüenses refugiados en el mismo país, a quienes les han dado facilidades de tránsito y trabajo en el departamento de El Paraíso, libertad relativa de acceso y salida de los campamentos que son bastante abiertos, aparte de otra serie de facilidades. Con Nicaragua no ha habido una guerra como con El Salvador. Nicaragua no es considerada como enemigo histórico de Honduras. Pero mucho menos lo son esos nicaragüenses que huyen del régimen sandinista, quienes no cuestionan al sistema hondureño, sino que más bien lo refuerzan y justifican su política exterior.

3. Ideología y opción política

Los gobiernos y los ejércitos de El Salvador y Honduras han acusado sistemáticamente a los salvadoreños refugiados y a sus campamentos de ser base socio-política del FMLN, parientes y simpatizantes, protectores y retaguardia, futuros combatientes, guarida donde la guerrilla descansa y se abastece, se cura y recupera fuerzas. Ninguna prueba fehaciente ha podido ser presentada para sustentar esta acusación; más aún, el cerco militar y los controles han hecho muy inverosímil el presunto ingreso de cualquier combatiente a los campamentos así como su salida o la de la misma población civil hacia los frentes salvadoreños.

Miles de pobladores de la zona norte salvadoreña huyeron hacia el interior del país, porque "no debían nada," porque no simpatizaban ni tenían confianza en las autoridades civiles y militares salvadoreñas, porque les quedaba más fácil y corto el camino, o porque "les tocó la suerte." Son desplazados que pueblan diversos campamentos, se apiñan en zonas marginales, viven de "arrimados" con otros familiares y amigos, o han encontrado soluciones por su cuenta. Pero otros miles de campesinos de la zona norte huyeron hacia Honduras, unos porque les quedaba más cerca, otros por seguir a sus vecinos y parientes, otros "porque les tocó la suerte;" pero la mayoría por temor al ejército y a los cuerpos paramilitares que los amenazaron, los reprimieron, los persiguieron y mataron a sus familiares antes y durante la huida. Ciertamente, muchos de ellos tienen muchos muertos en sus familias, parientes que militan y luchan en el FMLN, y consideran que el ejército es el mismo que los forzó a huir, que el régimen continúa a pesar de los cambios de personas y partidos.

El origen y la causa de la migración, la experiencia vivida en el camino y en el destierro, el aislamiento hostil a que han sido sometidos, las campañas y ataques de los regímenes, la evolución operada por medio de su organización en el confinamiento, no sólo no han debilitado su actitud hacia el régimen, sino que han afianzado su posición



contestataria. Lo menos que se puede esperar y se puede decir de los refugiados salvadoreños en Honduras es que no apoyan, ni simpatizan, ni creen en las promesas ni en la buena voluntad del gobierno y del ejército. Pero eso no los convierte de ninguna manera en guerrilleros ni en "subversivos," ya que se mantienen como simples civiles, campesinos que desean retornar a sus lugares de origen y reconstruir sus vidas, sus economías, y aplicar los interesantes conocimientos que han adquirido en los campamentos y que, como cualquier otro ciudadano, tienen derecho a tener sus propios valores sociales y opciones políticas.

4. La transformación en los campamentos

Aquellos campesinos aterrorizados que llegaron colectivamente a Honduras, pero con patrones sociales individualistas, "atrasados" en lo tecnológico, se vieron forzados a una nueva realidad, apiñados en pequeños espacios, cercados y aislados, impedidos de moverse poco más allá de las "carpas," imposibilitados para producir los alimentos básicos y cultivar la tierra como no fuera en pequeños y estériles huertos, sin animales domésticos y sin los compañeros inseparables del campesino, los perros. Se vieron enfrentados a ser extranjeros, malqueridos, hostigados por los gobiernos y ejércitos de su país y del país receptor, abocados a una amenaza constante de reubicación y traslado, a una campaña de hostigamiento y repudio, y hasta profanados por patrullas militares que incursionaban, dejando muertos, heridos y capturados.

Después de los primeros meses de angustia, desconcierto y supervivencia individualista, comprendieron que tenían que organizarse para defender sus derechos fundamentales y enfrentar la nueva realidad. Primero tenían que defenderse contra la amenaza militar y la violencia hacia ellos; luego, debieron resistir para no ser trasladados y reubicados aún más lejos de su patria; más adelante, demandaron mejores condiciones de vida y posibilidades de trabajo; y, finalmente, exigieron el derecho para organizar su comunidad, montar y desarrollar un aparato productivo, de abastecerse de maquinarias y materias primas, para capacitarse en educación, salud y producción técnica.

A través de peticiones, demandas, presiones, ayunos y huelgas de hambre consiguieron que el ACNUR los acompañara en el campamento para garantizar su seguridad, que mejorara la dieta y las raciones, que los abasteciera de insumos y de capital fijo. Lograron que otras agencias los capacitaran en todos los sectores de producción, enseñanza y salud, y completaran el abastecimiento de diferentes recursos indispensables para el desarrollo de su modelo.

Los refugiados salvadoreños en Honduras no apoyan, ni simpatizan, ni creen en las promesas ni en la buena voluntad del gobierno y del ejército.

Con más eficiencia en unos campamentos que en otros, han creado una comunidad y un modelo de desarrollo socio-económico inédito para los salvadoreños. Han alfabetizado a prácticamente toda la población hábil, alcanzando hasta el nivel de sexto grado. Han logrado niveles de salud, bajando la tasa de mortalidad al 0.14 por ciento anual. Han capacitado a todos los pobladores, niños, adultos y ancianos, mujeres y varones, en algún oficio y actividad. Han estructurado una economía que comprende la agricultura y el cultivo de hortalizas y frutas, granjas de animales comestibles técnicamente llevadas, y la producción fabril-artesanal que abarca desde la producción de herramientas de trabajo hasta la confección de muebles, vestidos y calzado, recipientes metálicos, sombreros, cerámica, juguetes, arte y artesanías. Una producción comunitaria basada en la demanda de productos internos, y dirigida al abastecimiento de los bienes necesarios para toda la población.

Un modelo como ese sólo es posible y pensable en condiciones muy peculiares, donde priva una estrecha organización comunitaria, una homogeneidad básica, una consistente ayuda externa para despegar, un aislamiento artificial y una mística inquebrantable. Todo el que visite los campamentos de refugiados salvadoreños en Honduras —y más, si los compara con los de los refugiados guatemaltecos o nicaragüenses—, no puede menos sino sorprenderse de lo que han sido capaces de hacer. Posiblemente eso mismo provoque temor al modelo, a la organización, al testimonio frente al resto de la sociedad y frente a los modelos imperantes que se quieren mantener como los “únicos válidos.” Pero es preciso y urgente aprovechar los elementos positivos de la experiencia en los campamentos de Honduras para optimizar los recursos humanos y hallar salidas a la crisis del país.

5. Las leyes y los acuerdos que los asisten

La Constitución vigente en El Salvador reconoce el derecho de todos los ciudadanos para entrar y salir del país, residir donde lo deseen, moverse libremente por el territorio nacional, estar debidamente documentados, ejercer el derecho al voto, entre otros, sin restricción alguna mientras no haya “leyes de excepción.”

Los pactos, convenios y protocolos internacionales ratificados por El Salvador garantizan la protección de los derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales, y obligan al Estado a poner los medios indispensables para que todos los ciudadanos los disfruten.

Prohíben a los gobiernos el atacar a la población civil no combatiente e impedir su abastecimiento, incluso aunque sean simpatizantes o base social de los movimientos insurgentes.

Las Naciones Unidas reconocen el derecho de todos los refugiados a retornar libremente a su país y lugar de origen, mandan al ACNUR que facilite los mecanismos necesarios para su cumplimiento, y destinan fondos para realizarlo.

El día 7 de agosto de 1987, en Guatemala, los presidentes aprobaron el "Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica" (Esquipulas II). El numeral 8 de este documento está dedicado a los "refugiados y desplazados" a los que atenderá "con sentido de urgencia" en su repatriación y reubicación; con ello los afectados adquirieron un derecho, mientras que el gobierno ha adquirido una obligación.

Los refugiados salvadoreños, por lo tanto, tienen derecho a repatriarse voluntariamente cuando lo deseen, y el gobierno y todas sus instancias están obligadas no sólo a permitirselo, sino a facilitarles el retorno y a suministrarles la documentación y la ayuda necesarias para ello y para su asentamiento y la reorganización de sus vidas en los lugares que hayan escogido, así como a solicitar a los organismos y agencias internacionales la ayuda requerida para la reconstrucción digna de sus vidas y de sus medios de trabajo.

6. La experiencia de otras repatriaciones

A lo largo de los años de permanencia en los refugios de Honduras, algunos salvadoreños, individual o familiarmente, cansados de la vida encerrada y estrecha de los refugios, confiados en la posibilidad de rehacer sus vidas en El Salvador o atraídos por la propaganda que ha anunciado la restauración de la democracia, han ido retornando lentamente. Son una minoría muy pequeña que se ha ido mezclando con la población, predominantemente en zonas fuera del conflicto, a veces alcanzando cierto éxito, pero otras veces incrementando el cúmulo de desplazados y marginados urbanos. Algunos de ellos han sido capturados, otros encarcelados, y unos pocos asesinados.

La prolongación del conflicto y la falta de perspectivas para su finalización han forzado a los refugiados y a sus directivas en los campamentos de Honduras a plantearse diversas alternativas. Retornar individualmente no les ofrece garantía. La organización de las comunidades y el modelo socio-económico es un avance logrado, el cual no desean perder. Para varios grupos de Mesa Grande, la opción es retornar en comunidad a sus lugares de origen y reconstruir el tipo de



vida, organización y producción que han aprendido en los campamentos.

Desde comienzos de enero de 1987, un gran grupo de refugiados del campamento de Mesa Grande hizo pública su decisión de retornar colectivamente a sus lugares de origen en los departamentos de Chalatenango, Cuscatlán y Cabañas, exigiendo una serie de condiciones para su reasentamiento pacífico. Las declaraciones de los gobiernos sobre sus derechos y el respeto a los mismos contrastaban con las dificultades reales que les ponían, las repetidas postergaciones, reuniones interminables y obstáculos burocráticos. Pero la decisión firme de los refugiados, apoyados por organismos religiosos y humanitarios internacionales así como por la gran cobertura de algunos medios de comunicación social, lograron que entre dificultades y retrasos, el 10 de octubre de 1987, unos 4,300 retornaran en una verdadera odisea a los lugares de origen y alrededores en Santa Marta (Cabañas), Copapayo (Cuscatlán), Las Vueltas, Arcatao y San Antonio Los Ranchos —quienes permanecieron temporalmente en Guarjila (Chalatenango).

El 14 de agosto de 1988, otros 1,300 salvadoreños del campamento de Mesa Grande regresaron a El Salvador tras infinitas dificultades. Estos querían repoblar Teocinte y San Antonio Los Ranchos (Chalatenango). Por último, el 7 de noviembre de 1988, unos 700 refugiados también de Mesa Grande se repatriaban a Santa Marta (Cabañas), con

no menos obstáculos que los anteriores. En el campamento se quedaron más de 4,000 salvadoreños, quienes en ese momento no habían decidido retornar a su patria. En estos últimos meses de 1989, hemos vivido las campañas del gobierno y de los interesados, y los problemas originados por una nueva repatriación desde Mesa Grande, retrasada por falta de una documentación, la cual no se les concedió durante los más de nueve años de reclusión en los campamentos.

Los derechos y declaraciones de buena voluntad son una cosa, la realidad es muy diferente. Las postergaciones y las excusas de parte del gobierno salvadoreño fueron incontables. El hecho era que éste no quería que regresaran al país esos refugiados, porque los consideraba como peligrosos, "subversivos," "apoyo del FMLN;" y mucho menos deseaba que retornaran comunitariamente y a los lugares escogidos en los cuales la conflictividad es continua y aguda, y la presencia guerrillera es muy fuerte y casi permanente. Sólo la decisión firme de los refugiados, amparados en los derechos que los asisten, la presión internacional a través de la cobertura de los medios de comunicación y la presencia solidaria de religiosos y de otras personas con su tragedia, doblegó la resistencia y toleró la repatriación en la forma propuesta.

La vida de los repatriados no ha sido nada fácil. El asedio y las incursiones militares son frecuentes, si no constantes. La carencia de documentación adecuada les imposibilita la movilidad, el comercio y la vida normal. La campaña ideológica contra ellos y la denuncia de que son base del FMLN es permanente. El bloqueo a los abastecimientos pretende estrangular su existencia y su trabajo. El paso de grupos armados de la guerrilla por los asentamientos, o la permanencia en sus cercanías, sirve de excusa para esa campaña ideológica y para impedir el acceso de alimentos, medicinas y otros productos. Pero el mismo bloqueo a que están sometidos los repatriados refuerza su organización, la cohesión de las comunidades y la reproducción del modelo aprendido en los campamentos para producir y subvenir a las necesidades básicas. Y esa misma organización, ese mismo modelo, provoca la sospecha y contrasta con los modos "normales" de subsistencia y producción imperantes en el país.

7. Las repatriaciones inminentes

A comienzos de 1989 no se hablaba de repatriación en los campamentos de refugiados salvadoreños en Honduras, más bien se insistía en que no retornarían mientras no se dieran las condiciones indispensables de paz, las garantías para reconstruir sus comunidades en los lugares de origen. En cambio, a partir de agosto, el campamento de Colomoncagua, con más de 8,000 refugiados; el de San Antonio, con

Estiman que la organización comunitaria y socio-económica aprendida en los campamentos es superior a cualquier otra, y pretenden reconstruirla y reproducirla...

casi 1,500, y otros 1,500 del de Mesa Grande decidieron repatriarse. Los dos primeros campamentos fueron abandonados y desmontados; los refugiados trajeron consigo toda la infraestructura lograda en los casi diez años de permanencia para reconstruir sus casas y poner a producir las tierras y las "fábricas" y talleres, así como los servicios sociales. En Mesa Grande quedan aún más de 2,000 refugiados, quienes esperan otra ocasión o aspiran a diferentes alternativas —entre ellas, emigrar a un tercer país.

La experiencia vivida en los campamentos, la organización y capacitación alcanzadas, los problemas de los repatriados individualmente, las dificultades de las repatriaciones masivas de los dos últimos años, los han convencido de que la única seguridad que tienen es la de la comunidad. Están empeñados en venir juntos, en ubicarse en sus lugares de origen aunque sean conflictivos, en afrontar los obstáculos que se les interpongan en su retorno, en luchar para defender su derecho a permanecer donde han escogido y a la documentación, circulación, intercambio y abastecimiento. Estiman que la organización comunitaria y socio-económica aprendida en los campamentos es superior a cualquier otra, y pretenden reconstruirla y reproducirla en los lugares de reasentamiento.

Pero ¿qué ha hecho cambiar tan radicalmente de actitud a los refugiados, especialmente a los de Colomoncagua y San Antonio? Si a comienzos del año decían que no retornarían mientras no hubiera paz y condiciones. El cambio de gobierno, el triunfo del partido ARENA, el incremento de las violaciones a los derechos humanos y de la guerra no parecen llenar las condiciones pretendidas. Pero ese mismo hecho puede haberlos llevado a la conclusión que su permanencia en los campamentos se prolongaría todavía por muchos años. Por otro lado, las reuniones de presidentes centroamericanos en Costa del Sol y Tela parecen haber creado un nuevo clima en la región, al intentar solucionar el problema de Nicaragua y abordar de otra forma el de El Salvador. La propuesta del FMLN el 23 de enero de 1989 indicaba un profundo giro en la comandancia general. Las conversaciones de diálogo entre el gobierno y el FMLN parecen enrumbarse poco a poco hacia la solución política del conflicto, y podría tener interés estar presentes y participar como ciudadanos con todos sus derechos en un proceso político nuevo. A ello habría que agregar el cansancio acumulado en estos casi diez años en los campamentos, la hostilidad de los

poderes hondureños, las constantes luchas para defender sus derechos como refugiados, y la añoranza de la patria. Si, además, hubiera una nueva estrategia para ellos de parte del FMLN —que no se puede probar, ni existen claras evidencias de ella—, la decisión que han tomado sería hasta cierto punto aún más explicable.

8. Actitud obligada hacia los refugiados en Honduras

Puesto que los refugiados tienen el derecho de repatriarse libremente y de asentarse en los lugares de origen o donde quieran —con tal que no lesionen los derechos de otras personas—, ese derecho tiene que ser respetado y cumplido, y hay que ayudarles a que lo ejerzan. De lo contrario sería vana la afirmación de que estamos en un “régimen de derecho.” De todos modos, tarde o temprano, como se ha comprobado en anteriores repatriaciones, el gobierno tendrá que ceder en las condiciones que exigen los refugiados. ¿Para qué empeñarse entonces en una batalla perdida de antemano, y debilitar así aún más la poca credibilidad gubernamental y una imagen internacional ya de por sí muy poco favorable?

Estos refugiados salvadoreños han huído de la muerte y de las amenazas inminentes, han perdido lo poco que tenían, han visto caer a su lado a muchos de sus familiares. En Honduras se los ha aislado, se los ha hostigado, se ha hecho lo imposible por desesperarlos. Estos salvadoreños son realmente los “más pobres entre los pobres.” Ya han pagado una cuota inmensa de sufrimiento y sacrificio, superior a la de cualquier otro grupo de salvadoreños. La guerra, el conflicto y la crisis les han tocado más de cerca y más profundamente que a los demás. Lo más justo, lo más equitativo, lo más ético es dejarlos vivir en paz, retornar sin problemas, facilitarles la reconstrucción de sus vidas y de sus comunidades.

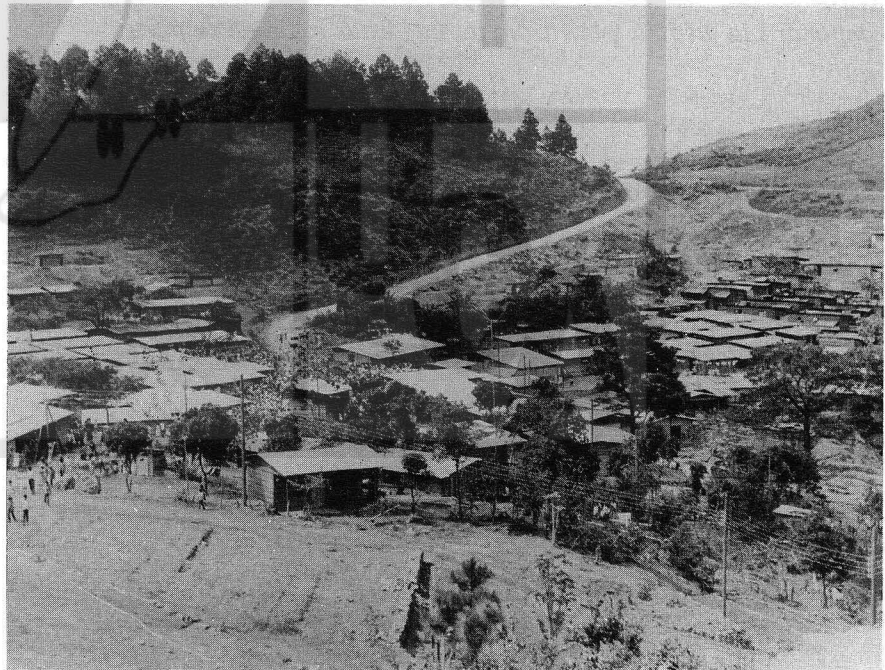
Sería políticamente miope empeñarse en ubicarlos lejos de sus lugares de origen, en zonas menos conflictivas, donde su modelo social y económico sería aún más contrastante. En las zonas que quieren repoblar tienen su ambiente, sus muertos, sus “lares.” Allí desean vivir y tienen derecho a ello, así sea enfrentando la guerra y las dificultades. Allí hay una situación definida, que ellos pueden controlar más fácilmente.

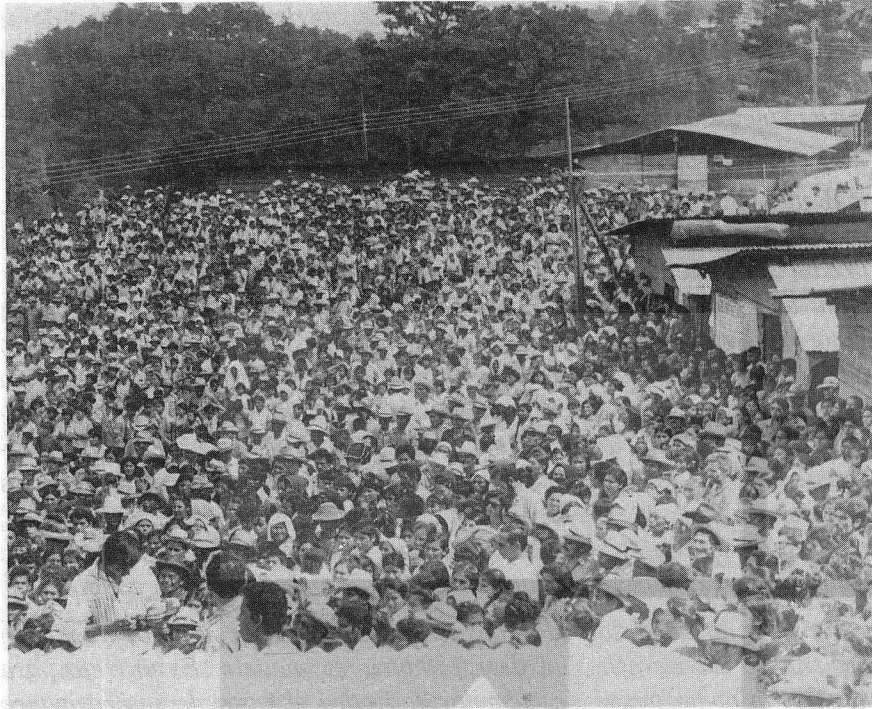
Sería injusto y violatorio de sus derechos hostigarlos por su pasado, por sus “supuestos vínculos con el FMLN.” Son civiles, sean o no simpatizantes y base social, y tienen que ser respetados. La falta de documentación adecuada no se justifica; la prohibición de movilidad y tránsito no se basa en el derecho; el bloqueo al abastecimiento e

intercambio de productos es violatorio de sus derechos y del sentido de humanidad. Si se quiere construir la paz democrática como tanto se pregona, es preciso respetar a todos los ciudadanos, cualesquiera sean sus creencias y opciones políticas.

Los salvadoreños en los campamentos de Honduras han crecido humanamente de forma increíble e insospechada. Han construido una comunidad solidaria y organizada. Han desarrollado un modelo de producción integral que obliga al reconocimiento y a la admiración. Han demostrado que el campesino más humilde, más pobre, más ignorante, es capaz de cambiar sus actitudes sin traicionar por ello lo más profundo de sus tradiciones, y que una solución socio-económica comunitaria es posible. El modelo no es fácilmente imitable ni multiplicable; es focal, artificial, muy específico y peculiar. Pero hay muchos elementos que pueden ser aprovechables. A la hora de diseñar los nuevos modelos de reconstrucción social y económica de El Salvador, no se pueden desperdiciar experiencias, ni alternativas eficaces. No se trata de teorías, son realidades llevadas a la práctica y a lo concreto.

Los repatriados salvadoreños de Honduras, por último, no deben desistir de sus derechos ni de reproducir su modelo. Es un reto para ellos y un compromiso de ejemplaridad para el resto de sus hermanos campesinos y salvadoreños. Tienen derecho a escoger su ideología y sus opciones políticas y sociales, pero están obligados a ceñirse a su





calidad de civiles, a no implicarse en la lucha armada. Y tienen que ser flexibles en la negociación con el gobierno, sin claudicar, seguros del derecho que les asiste, y convencidos de que tarde o temprano se impondrá la justicia y la razón, porque éstas están de su parte.